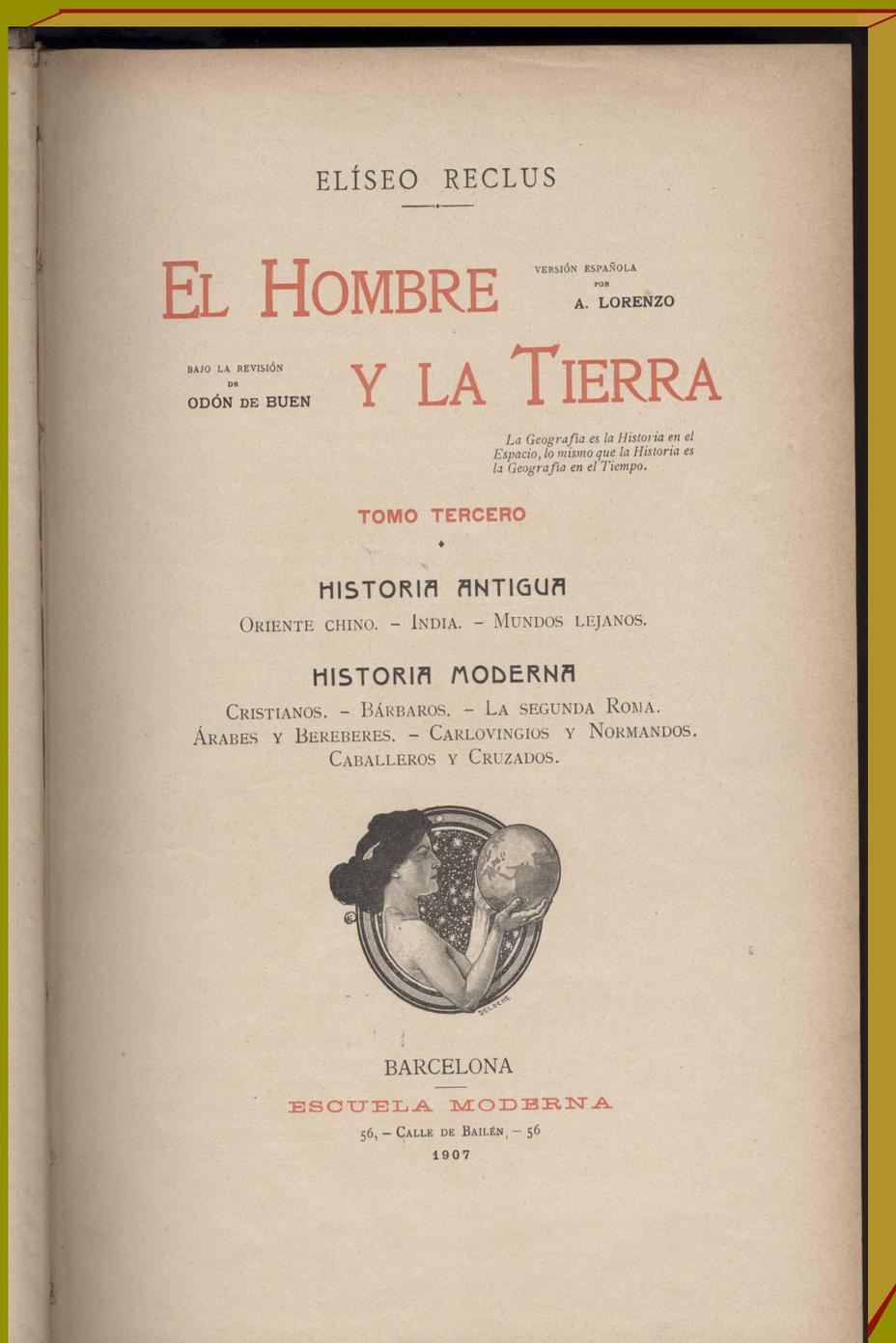


45.- RECLUS, Eliseo: *El Hombre y la Tierra: Historia Antigua e Historia Moderna*. Traduc. de Anselmo Lorenzo, Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, vol III, 1907, 643 pp.



El tercer volumen de esta serie señala el año 1907 como fecha de edición. Tiene una extensión de 643 páginas y cuenta con 132 fotografías, 37 grabados/dibujos/pinturas, 15 láminas sueltas, 110 mapas/planos, 7 tablas/series de datos y 369 notas marginales aclaratorias.

El tomo recoge los últimos contenidos del Libro segundo (Historia Antigua) y da comienzo al Libro tercero (Historia Moderna). Es preciso mencionar el hecho de que Reclus sitúa el inicio de la que llama “Historia Moderna” en la aparición del Cristianismo.

Los contenidos del libro se estructuran del modo siguiente:

Libro segundo. Historia Antigua (continuación).

Cap. XI: Oriente Chino.

Cap. XII: India.

Cap. XIII: Mundos lejanos.

Libro tercero: Historia Moderna.

Cap. I: Cristianos.

Cap. II: Bárbaros.

Cap. III: La Segunda Roma.

Cap. IV: Árabes y Bereberes.

Cap. V: Carlovingios y normandos.

Cap. VI: Caballeros y cruzados.

Índice alfabético.

Índice de los mapas.

Índice de las materias.

Examinamos, a continuación, algunos pasajes en la medida en que pueden contribuir a proporcionar una idea de la posición desde la que Reclus aborda el estudio de la Historia.

Exponiendo la leyenda de Budha, y haciendo una interpretación descontextualizada, deja entrever nuestro autor algunos de los valores que reivindica:

Al fin comprendió que el hombre no se debe á su tristeza y que rumiarse sus pesares, sus virtudes, su orgullo, su propia justicia, y saborear cómodamente una melancolía poética, olvidando sus hermanos que padecen allá lejos, que luchan y que sufren en el gran combate por la existencia es una forma vergonzosa y cobarde de egoísmo.¹

Una muestra de los rasgos configuradores de su posición ideológica vemos aparecer entre las líneas del texto:

Cuando se compara la religión del Irán, que llegó a la enseñanza del Avesta, tan noble, tan elevada, de una moralidad tan grandiosa, con la evolución divergente de la fe que se produjo entre los Arios orientales, se observa ante todo que los inmigrantes de la India habían cesado de ser pastores y agricultores pacíficos para hacerse conquistadores, y que se habían dado jefes de guerra, reyes,

¹ RECLUS, Eliseo: *El Hombre y la Tierra: Historia Antigua e Historia Moderna*. Barcelona, Publicaciones de la Escuela Moderna, 1907, vol III, pp. 177-178.

que comenzaban ya á rodearse de sacerdotes, de bardos, de cortesanos, en una palabra, de toda la turba de parásitos.²

Antepone el individuo al Estado y, siempre que hay ocasión, formula su parecer sobre éste último, al que que califica de represiva institución:

Como la mayor parte de las vueltas y regresiones en la historia, debe atribuirse a la disminución de la iniciativa humana, consecuencia del refuerzo de un poder central, destructor de las energías personales.³

La idea de Estado es sustituida, en el pensamiento reclusiano, por la idea de humanidad, una abstracción metafísica formulada entusiásticamente y a la que dota de conciencia colectiva:

¡Cuántas humanidades distintas, creyendo consistir por sí solas un mundo completo, han perecido antes que naciese la gran humanidad que tiene una conciencia colectiva y abraza la superficie entera del planeta, iluminada de Oriente a Occidente por el mismo sol en su círculo cotidiano!⁴

El ariete se dirige contra el principio de autoridad y las dos más claras formulaciones del Estado en el Antiguo Régimen: el trono y el altar, concebidos al unísono para sojuzgar a un ente de perfiles difusos y que responde al nombre de “pueblo”:

En la actualidad se halla el pueblo bajo la doble concha que los reyes y la Iglesia le han echado encima.⁵

Un rasgo característico está presente en el discurso expuesto: ateísmo militante, negación de sentido a los fenómenos de naturaleza religiosa:

Esa mansión celestial, pura ilusión, espejismo sin substancia actualmente para muchos de nosotros, nació, sin embargo, de lo que á cada hombre parece la verdad fundamental, su derecho personal a la felicidad, y el desgraciado, viéndose obligado a renunciar á ella sobre la tierra, en la sociedad de los vivos, quiso realizarle á trodo trance, y para esto imaginó una segunda vida en las alturas del espacio.⁶

El reproche, no exento de desprecio hacia el cristianismo, es especialmente mordaz hacia el catolicismo, que sale mal parado en curiosa comparación con el politeísmo:

En el amable politeísmo todo tiene su Dios, hasta la zarza florida: puede esperarse siempre, porque hasta la desesperación tiene sus divinidades. Y en el severo cristianismo, sobre todo bajo la forma católica, cada santo es un intercesor: el desgraciado puede dirigirse al

² Ibidem, p. 147.

³ Ibidem, p. 524.

⁴ Ibidem, pp. 235-236.

⁵ Ibidem, p. 548.

⁶ Ibidem, p. 248.

ejército de santos, hasta á algún piojoso divinizado que se rascaba en un estercolero (...).⁷

Asistimos, sobre este mismo asunto, a distintos episodios en los que la interpretación histórica se vuelve fragmentaria, simplista y maniqueísta:

Que el triunfo del catolicismo fué para España un gran retroceso. De un lado el cuidado del riego, del otro el reino de los inquisidores forman notabilísimo contraste entre las dos épocas. (...) Andalucía era en el siglo X (...) el genio anárquico del árabe (...) en la libre expresión del pensamiento, sin la menor huella del espionaje de las ideas, de esa vigilancia de los escritos que hacían de Constantinopla una verdadera cárcel.⁸

Hallamos juicios cargados de elementos afectivos que expuestos en tropel emocional hacen padecer al rigor histórico:

La verdad es que Harun, llamado “al-Rachid” ó “el Justo”, fué, por el contrario, un amo avaro, envidioso, vengativo y sanguinario; como jefe de imperio no tuvo tampoco el privilegio de ser siempre favorecido por la fortuna (...).⁹

En la misma línea hallamos una forzada pirueta intelectual con la que el autor reinterpreta los deberes budhistas, desde una óptica esencialmente sociopolítica:

Por una sutilización análoga de todo lo que se refiere á la desigualdad social, a la pobreza y á la enfermedad, los comentaristas budhistas no han visto en los “cuatro deberes” de la enseñanza inicial más que deberes puramente morales, en tanto que el sentido natural de esta enumeración parece haberse circunscrito á lo que se llama en nuestros días la “cuestión social”. Estos cuatro deberes son: “conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y hallar el remedio”.¹⁰

Desconocemos si Reclus está aportando, en algunos de sus ejemplos, un hecho sostenido por experiencias propias o ajenas, no obstante, en ocasiones los términos empleados alcanzan matices hiperrealistas:

Los Bob o Tibetanos (...) Los que entre ellos pudieran ser juzgados como más favorecidos porque viven en valles profundos, son por el contrario los más desgraciados, á causa de la insuficiencia de aire y de luz: los idiotas abundan en aquellas hondonadas.¹¹

Debió abrirse paso en aquellos momentos alguna explicación que vinculaba el nombre de Andalucía con los vándalos, ya que una especulación análoga, a la que a continuación reproducimos, encontramos en la *Historia de España*, de Estévez, publicada en 1904 por la Escuela Moderna:

⁷ *Ibidem*, p. 434.

⁸ *Ibidem*, p. 460.

⁹ *Ibidem*, pp. 467-468.

¹⁰ *Ibidem*, p. 179.

¹¹ *Ibidem*, p. 46.

¿Pont-á-Wendin, Vandelicourt, Wandame, Vandeville (...) y otras localidades de los departamentos del Norte y del Pas-de-Calais atestiguan con más certidumbre el paso de los Vándalos que el nombre de Andalucía?¹²

Finalizamos, con una muestra del curioso anecdotario que dosifica entre sus páginas el libro analizado:

El código de Djenghizkhan, sencilla recopilación de costumbres antiguas, prohibía también lavar las ropas; había que llevarlas hasta que cayesen en jirones, siendo el colmo de la abominación lavar los utensilios de cocina y comida, que sólo es permitido limpiar con hierbas, con un trapo o con boñigas de vaca. Los Chinos, que no son, sin embargo, de una limpieza ejemplar, dan a los Mongoles el nombre bien merecido de “Pueblo Hediondo”.¹³

¹² *Ibíd*em, p. 356.

¹³ *Ibíd*em, p. 36.